



CAPÍTULO XV.

---

CONTINÚA EL RELATO DE  
LO QUE HABÍAN HECHO GÓMEZ Y EL  
PÁJARO, ANTES DEL ASALTO  
Á LA FAMILIA.

**D**ON Santiago había sido á la sazón objeto de brutales tratamientos por parte del *Pájaro*, y había pasado ya por las mas crueles angustias y zozobras.

Ignoraba absolutamente la suerte de Gabriel, y se entregaba sin cesar, á las mas negras cavilaciones y conjeturas.

El *Pájaro*, en su calidad de guardián de

don Santiago, había puesto todos los medios posibles para hacerle insoportable su situación. Al Pájaro, solían sustituirlo dos hombres de la cuadrilla, mucho mas mal encarados é incommunicativos que el mismo *Pájaro*.

Algunas veces estuvo á punto don Santiago de exponer el todo por el todo; y contemplando á su carcelero, medía sus fuerzas, estudiando la manera de iniciar una lucha, una sorpresa ó una celada; pero nunca pudo resolverse, porque no encontró ninguna oportunidad favorable.

Sus guardianes no le perdían movimiento, y varias noches le obligaron á pasársela sentado en una pequeña grieta de las peñas que formaban la cueva.

En vano procuró seducir á sus carceleros, aquellos hombres eran inflexibles y parecían obedecer al absoluto dueño de sus acciones y su vida.

Los compañeros de Gómez y el *Pájaro* en el asalto á don Santiago, que como recordará el lector habían corrido en segui-

miento de los criados de éste, habían acabado por perder, tanto á sus perseguidos como á sus compañeros; y sólo después de muchas pesquisas lograron, al día siguiente, encontrar la guarida del Pájaro, que era una de las cuevas, que en casos extremos, le servía de refugio y de guarida.

La noticia del plagio de don Santiago no tardó en propalarse por todos los contornos pues los criados al llegar al pueblo pusieron en alarma á los vecinos y á las autoridades, quienes, desde luego, armaron alguna gente y emprendieron la persecución de los malhechores.

Pero Gómez y el Pájaro, que preveían este resultado, habían tomado una dirección opuesta al lugar del asalto, trasponiendo montañas y abriéndose paso por lugares casi inaccesibles, pues según ellos mismos dijeron, lo que más importaba era ganar monte.

El *Pájaro*, conociendo la situación, determinó ocultar por un tiempo indefinido á sus plagiados, con objeto de que mientras D. Santiago y Gabriel estaban custodiados

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 BIBLIOTECA UNIV.

y en lugar seguro, los autores de aquel crimen se presentaran en algunos lugares en que eran bastante conocidos para *preparar la coartada*, según el *Pájaro* decía.

En efecto, la *coartada* era un procedimiento en que el *Pájaro* era diestro.

Preparaba un robo, tendía todos los hilos, lo dirigía, lo mandaba ejecutar, y á la hora en que debía verificarse, emprendía una riña en lugar en que alguna autoridad pudiera atraparlo.

De manera que al ser acusado el *Pájaro* por el robo cometido, había siempre una autoridad que pudiera prestar entera fé, de que el día, y á la hora en que aquel robo se había cometido, el *Pájaro* estaba detenido en tal cárcel y á disposición de tal autoridad por motivo de una simple riña.

El *Pájaro*, aunque diestro en todas estas peripecias tratándose de robos comunes, no se encontraba muy seguro de sí mismo, en tratándose de un plagio.

Gómez, por su parte, tampoco se consideraba mas expedito que su compañero.

—¿Qué hacemos ahora, vale?

—Pues lo que es yo... á mí no me gustan estos negocios.

—¿Por qué, vale?

—A mí deme usted donde *rifarme* machete en mano.

—Ya se vé, sale uno pronto y todo se acaba; pero andarse con presos...

—¡Y luego, qué presos: el viejo chocho!

—¡Y el maldito muchacho tan delicado, que por poco se muere!

—Bueno; pues lo que yo le digo es que qué hacemos.

—En el pueblo ya saben que el viejo se ha perdido.

—¡Vaya! con que salieron los vecinos.

—¡Adios!

—Por vida de usted, ¿pues qué, no se lo dijo Celso?

—Pero ya se cansarían.

—¡Pues cuándo no!

—Saldrían en *piscles*.

—¡Vaya! si dice Celso que los vió, que

venían en *sardinas* de rancho; el mejor caballo era el del gachupín de la tienda.

—¡Adios! ¿Y Perfecto?

—Pues ese no estaba en el pueblo.

—¿Y los Sedillos?

—Pues tampoco.

—¿Y éstos nos iban á coger?

—Pues éstos.

—¡Pues hora sí nos cogieron!

Gómez sacó un cigarro grueso de Monzón, le deshizo una cabeza, mordió la otra con los colmillos, volvió hacia un lado la cara para escupir con fuerza el pedazo de papel que le había arrancado al cigarro, y alargó la mano izquierda para recibir el puro que estaba fumando el Pájaro.

—¿Qué le ha dicho el viejo, preguntó Gómez?

—Pues dice que dará mil pesos.

—¡Adios de mil pesos!

—Dice que no tiene dinero en pesos; que lo tiene en casas.

—Pero tiene amigos.

—¡Cuándo no!

—Siquiera que duplique.

—Eso es, una talega para cada uno.

—Es poco, porque Celso dice que quiere la tercera parte.

—Pues le pediremos tres talegas.

—Y si no las dá, lo ahorcamos.

—¿Vamos á verlo?

—Vamos.

El Pájaro y Gómez se encaminaron hacia la población mas inmediata y pararon al frente de las primeras casas de uno de los suburbios.

Había una mujer parada en el dintel de una puerta desvencijada. Cerca de esta puerta había una mesita con una servilleta, lo que indicaba que allí se daba de comer al hambriento.

Al pararse los dos ginetes frente aquella mujer no medió ningún saludo; solamente se vieron con esa mirada que revela que los interlocutores se ven con frecuencia.

—¿Se apean? preguntó la mujer, sin cambiar de postura.

Los ginetes en vez de contestar, se diri-

gieron hacia una especie de portal ó cobertizo, que estaba á pocos pasos de allí, se abrió otra puerta frente á ellos, y, agachándose lo más que pudieron, pasaron adelante.

Un muchacho, como de ocho años, salió á recibir á los recién llegados, que se encontraban á la sazón en un patio ó corral cerrado por todas partes.

Tampoco á aquel muchacho le hablaron; pero al verlo, se apearon y le entregaron las riendas de sus caballos.

El muchacho les tocó el encuentro á los caballos, y sintiéndolo caliente, se puso á pasear á aquellos animales al rededor del patio.

El Pájaro se quedó viendo al muchacho, y por agasajo le tiró con la cuarta; el chico la esquivó, la recogió en seguida y continuó el paseo.

Parecía que en aquella casa estaba prohibido hablar; pero si bien se veía, aquella sobriedad de palabras, no era otra cosa que esa especie de reserva y de laconismo, ca-

racterístico en nuestro pueblo; laconismo que muchas veces le hace á uno dudar que puedan entenderse dos interlocutores que mantienen un largo diálogo de monosílabos, en los que ni la mímica interviene para hacerlos mas expresivos, y no obstante, los que dialogan se comprenden admirablemente.

Gómez y el Pájaro llegaron á donde estaba la mujer que los había recibido, la cual estaba ya preparando el almuerzo, ni más ni menos que si los recién llegados lo hubieran pedido terminantemente.

—¿Chile? preguntó el Pájaro.

—¿Qué, no? contestó la mujer sin volver la cara.

—¡Vaya!

Al cabo de algunos momentos, agregó:

—¿Hay fresco?

Se refería al pulque.

—De hora, contestó la mujer.

—¿Qué, sabías?

—Pues no.

—¿Cómo?

- Yo dije.  
—No; ¿pero por qué?  
—Pues como los andaban buscando.  
—¿Quién?  
—D. Celso.  
—¿Qué dice?  
—*Pos...*  
—¡Oye!

La mujer volvió la cara para ver á su interlocutor, como si este «oye» quisiera decir: «Mírame.»

—De lo de....?

El Pájaro debió poner un gesto, que quería decir: «de lo del plagio,» porque la mujer movió la cabeza en señal afirmativa.

- ¿Y qué dice? agregó el Pájaro.  
—*Pos* chismosos que son y monotoneros.  
—¿Sí?  
—*Pos* dicen que usted y D. Gómez, desde el otro día, quién sabe qué han hecho con un señor grande y con su hijo.  
—¿Oiga?  
—Y dice que los andan buscando.  
—¿Y tú qué dijiste?

—*Pos* yo le dije á Celso, que como no habían pasado anoche, *pos* cuándo no venían ahora á almorzar.

Á la sazón, puso la mujer sobre la servilleta una cazuela con manteca hirviendo, en la que reposaban cuatro huevos; después puso dos platos soperos de loza fina y un bote, que había sido de pomada, lleno de sal no pulverizada; agregó una cuchara de cobre amarillo, y, envueltas en un lienzo de manta, hasta treinta tortillas.

Gómez, que había permanecido callado y taciturno, se echó hacia atrás su gran sombrero.

La mujer colocó sobre la pequeña mesa que casi se llenaba ya con aquellos objetos, un gran jarro con pulque y dos vasos de vidrio delgado de forma cónica.

Mientras los dos bandidos tomaban los huevos, humeaban en la hornilla varios trozos de tasajo, que, una vez tostados, fueron puestos por la mujer en la mesa y acompañados de un *molcajete* donde había triturado chiles con sal y agua, á cuyo manimien-

to daba aquella mujer el nombre de *chile bruto*.

Reinaba cierto silencio soporoso en aquel comedor: no parecía sinó que los tres personajes de aquella escena, tenían más motivos para callar, que para comunicarse abiertamente.

Gómez no había desplegado los labios más que para comer.

El Pájaro fijaba, de vez en cuando, sus miradas en la mujer que los servía.

Esta tendría más de veinte años, estaba demacrada y sucia, y en la manera particular conque era tratada por el Pájaro, se conocía que debían existir entre ellos ligas de cierta especie y asuntos no muy limpios.

En efecto, aquella mujer *estaba en el mundo*, según ella decía, por el Pájaro. Tenía diez y seis años cuando conoció á este hombre, y pocos días después perdió la tierra y la familia; fué primero la ilusión del Pájaro, ya hora era su esclava; la había obligado á mezclarse en sus malos asuntos

y ya la justicia tenía sobre aquella mujer fatales derechos.

La intranquilidad de aquellas conciencias concentraba el pensamiento de cada uno de los actores de aquella escena, en la que las palabras salían de vez en cuando y después de largas pausas de soporoso silencio.

En aquella casa de triste y miserable apariencia, vivían en el exterior y hacia el camino, dos mujeres: una de las cuales era aquella cocinera, y la otra la vieja, que en una de las habitaciones interiores, era la carcelera de Gabriel.

El Pájaro y Gómez acabaron de almorzar con cierta intranquilidad y precipitación, se levantaron de la mesa, salieron al corral donde les esperaba el muchacho, teniendo del ronzal los caballos, montaron y salieron de la casa sin haber vuelto á dirigir la palabra á la mujer que les había servido.

UNIVERSIDAD DE CHILE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925